

**LOS PÁJAROS**  
The birds  
Alfred Hitchcock, 1963

UNA ANTI-ORESTIADA

Película basada en una novela corta de Daphne du Maurier en la cual miles de pájaros, habitualmente pacíficos, atacan a los seres humanos. Hitchcock debió de encontrar un gran paralelismo entre la conducta de estos pájaros y la de aquellas mujeres que se apartan de un modo irracional de las normas fijadas para ellas en un esquema familiar y social acorde con la «naturaleza humana». Como los pájaros del cuento, estas madres y esposas causan su propia perdición y la de un buen número de inocentes, sin que pueda hallarse una explicación satisfactoria a su locura. Este asunto preocupaba tanto a Hitchcock que un año después volvió sobre el tema en *Marnie la ladrona*, con la misma actriz y un pasado familiar igualmente sombrío.

Tan conservador en lo social como subversivo en lo cinematográfico, Hitchcock se sirve de una descabellada rebelión de pájaros para transmitir su visión apocalíptica sobre la insumisión de la mujer. Que en Bahía Bodega no haya más animales que aves y seres humanos (ni perros, ni gatos, ni siquiera un caballo o una mula en la granja) es un indicio de hasta qué punto Hitchcock concentró su atención en el binomio pájaro-mujer.

En *Los pájaros*, Hitchcock plantea dos enfrentamientos paralelos. En uno, el ser humano, sin distinción de sexo, es atacado por los pájaros: gorriones, canarios, jilgueros, palomas, cuervos y gaviotas, a los que, según se dice, también se unen las gallinas en huelga de hambre. En otro plano, el hombre sufre el acoso de la mujer (madre o amante). Y en medio de este doble enfrentamiento (aves contra humanos, mujeres contra hombres) coloca dos seres exentos: una pareja de periquitos que permanece ajena a las luchas de unos y otros, tranquilos y pacíficos en medio de la refriega, amoldándose al unísono a las curvas del camino en una excelente metáfora visual. En medio del horror y de las pasiones, Hitchcock encuentra la calma en la contemplación de esta pareja domesticada, cautiva e inseparable. (Así es como se conoce, precisamente, a la especie de periquitos africanos elegida por Hitchcock: «inseparables», porque se unen hasta que la muerte los separa.) Pero si la aspiración de Hitchcock era formar en la pantalla una pareja humana igualmente inseparable, no parece que una mujer sofisticada, mundana y millonaria, y un hombre conservador, inquisitorial y rudo, sean los personajes más adecuados para conseguirlo.

Claros son los esfuerzos de Hitchcock por hacer plausible ese acercamiento, queriendo dar a Mitch ciertos aires de solterón libertino y mostrando a Melanie en decidida actitud de penitencia por su vida anterior. Pero hay demasiado glamour en Melanie para que su encierro en un villorrio resulte convincente. Demasiado vuelo en sus alas para convertirse en mula de noria. El desenlace de una unión como ésta lo tiene escrito Truman Capote en *Desayuno con diamantes*, con el tosco Barnes abandonado por la etérea Holly Golightly.

Visto así, *Los pájaros* no funciona. Para que el asunto tenga sentido hay que entender que el ultraconservador Hitchcock no está reivindicando un tipo de pareja basado en la dominación de la mujer por el hombre, sino algo que está más allá en la historia de los tiempos: el dominio del hombre por su madre. No plantea que la solución sea la pareja formada por Mitch y Melanie, sino un triángulo en el que la figura dominante sea Lydia, la madre. O sea, una Orestiada en sentido inverso, un retorno al matriarcado y al régimen rural. Desde ese punto de vista, *Los pájaros* sí funciona.

## SINOPSIS

Melanie Daniels, la hija caprichosa de un magnate de la prensa, coincide en una tienda de animales con Mitch Brenner, un abogado criminalista. Él la confunde con la dependienta y ella, dispuesta a divertirse, no lo saca de su error. Pero Mitch no tarda en reconocerla. Despechada por el patinazo, y también atraída por la personalidad del desconocido, Melanie averigua que Mitch vive en Bahía Bodega y se desplaza hasta allí para dejarle una jaula con dos periquitos. Tampoco esta vez le sale bien la broma, porque es atacada por una gaviota. Este ataque no será un hecho aislado.

## ARGUMENTO

Unas siluetas aladas, cuervos a juzgar por su aspecto y por los graznidos que se escuchan, atacan los créditos a medida que aparecen.

Panorámica de Union Square, en San Francisco, siguiendo el paso de una mujer joven, elegante y abierta, a juzgar por la sonrisa con que acoge el silbido que le dedica un chico al cruzarse con ella. La sonrisa se le borra de la boca al observar el cielo cubierto de aves. La joven reanuda su camino y entra en una tienda de animales de compañía. En la puerta se cruza con un cliente [Hitchcock], que sale llevando dos perros blancos.

Interior de la tienda. La joven pregunta a la propietaria a qué se debe la aglomeración de gaviotas que ha visto afuera: «Habrà temporal en alta mar y eso las hace volar tierra adentro», responde la mujer, quien, tras excusarse por no haber conseguido el pájaro que su clienta le encargó, va a hacer un nuevo intento. Al quedarse sola, la joven es abordada por otro cliente que, aparentemente, la ha tomado por una dependienta, y le pide un par de periquitos. La chica encuentra tan divertida la confusión como atractivo al cliente, y no deshace el equívoco. Él: «Verá, son para mi hermana, regalo de cumpleaños, y como sólo va a cumplir once, no quisiera que fuera una pareja... demasiado cariñosa. Tampoco quiero que sean demasiado formales. ¿Tiene por casualidad una pareja que sean sólo amigos?». [Con estas palabras, Mitch declara sus preferencias sobre la relación de pareja]. La joven, que se llama Melanie Daniels, lo lleva hasta una jaula cuyos ocupantes señala como periquitos. Él: «Son canarios. ¿No siente remordimiento? -¿Remordimiento? ¿Por qué? -Por tener todas estas inocentes criaturas enjauladas. -(Sonríe) No podemos tenerlos todos volando por la tienda». Melanie trata de mantener su engaño, pero cuando el cliente le pide que le enseñe un canario, su torpeza al coger el animal da lugar a la escapada de éste, que vuela sin dejarse atrapar ni por Melanie ni por la dueña de la tienda hasta que, posado sobre un platillo, es atrapado por el cliente. Éste lo introduce de nuevo en la jaula, diciendo: «Vuelve a tu jaula dorada, Melanie Daniels».

Sin perder su sonrisa de suficiencia, el cliente explica a Melanie que la conoció durante un juicio: «¿No se acuerda de una de sus bromas pesadas que terminó con la rotura del cristal de una ventana? -Quien rompió el cristal no fui yo. -No, pero fue la inductora. El juez debió haberla encarcelado. -¿Es usted policía, tal vez? -Me limito a respetar la ley y no me gustan los bromistas. -Pero sabía que yo no trabajo aquí y deliberadamente... -Es cierto, la reconocí apenas entré y creí que le gustaría saber la opinión de los que tienen que soportar sus bromas. -¡Creo que es usted un grosero! -Lo soy. Adiós, señorita Daniels. Hasta el próximo juicio». El hombre sale. Melanie corre hasta la puerta para anotar la matrícula de coche. Llama al Daily News. Pide al editor que averigüe a quién pertenece la matrícula. También pregunta por su padre. Luego, encarga una pareja de periquitos. Fundido en negro.

Melanie, con una jaula de periquitos, va al hotel donde se aloja Micht Brenner, el desconocido de la tienda, y deja la jaula, con un sobre, ante la puerta de su habitación. El hombre que tiene la habitación de enfrente advierte a Melanie de que Mitch no está y no volverá hasta el lunes. «¿Y adónde ha ido? -A Bahía Bodega. Va cada fin de semana. -¿Dónde está eso? -En la costa, a unos cien kilómetros al norte de aquí». Melanie va en su coche hacia Bahía Bodega. Conduce con una cierta imprudencia. A su lado, los periquitos inclinan sus cuerpos según el sentido de la curva.

En el pueblo, Melanie se entera de que la casa de los Brenner está del otro lado de la bahía, que en ella viven Lydia Brenner y sus dos hijos, Mitch y la niña, y de que la carretera pasa por la misma puerta. Para llegar allí sin ser vista desde la casa deberá alquilar un bote con motor fuera borda. También quiere saber el nombre de la niña. Sus informadores no se ponen de acuerdo entre Alice o Loys. Para asegurarse, Melanie va a casa de la maestra, Annie Hayworth. La hermana de Mitch se llama Cathy. Annie se muestra susceptible ante una posible rival «¿Ha venido desde San Francisco por la costa? -Sí. -¿Conoció allí a Mitch? -Sí. -En San Francisco todo el mundo le conoce». Hay en el gesto y las palabras de Annie un aire de derrota, acentuado por el contraste entre su aspecto provinciano y el lujoso abrigo de pieles y el peinado de la forastera. Melanie se despide.

Melanie escribe el nombre de Cathy en un sobre, va al puerto y sube al bote con la pareja de periquitos. Al acercarse a la casa de los Brenner, ve cómo Lydia se marcha y Mitch se mete en un barracón. Melanie detiene el motor y hace los últimos metros a remo. Con una sonrisa traviesa desembarca y va hasta la casa. Entra. Lleva la jaula hasta el salón y, tras romper el sobre que había escrito para Mitch, deja otro dirigido a Cathy. Regresa al bote. Se aleja unos metros y acecha la reacción de Mitch, que ha entrado en la casa. Lo ve salir y correr hacia la carretera, tratando de avistar el coche. Melanie se agacha, escondiéndose tras el motor. Luego, arranca. Sobre su cabeza vuelan unas gaviotas. Mitch escucha el ruido del motor y mira a través de unos prismáticos. Mientras Melanie se aleja atravesando la bahía, Mitch corre con el coche por la carretera. Llega antes y la espera en el puerto. Ella compone un gesto entre inocente y cínico, que cambia por el de sorpresa cuando una gaviota la golpea en la cabeza, haciéndola sangrar. Mitch corre, alarmado, hasta el bote. Melanie: «¿Por qué cree usted que me hizo eso? -No sé, es muy extraño. Pareció que la atacaba deliberadamente».

Mitch la lleva al restaurante The Tides. La entrada de la pareja despierta la curiosidad de los clientes y la alarma del dueño, temeroso de que le hagan pagar alguna indemnización. Mitch limpia la herida con agua oxigenada. Dice que es

abogado criminalista en San Francisco. «¿Y por eso quiere ver a todo el mundo en presidio? -A todos no, señorita Daniels. -Sólo a infractores y a bromistas, ¿verdad?. - Eso es. ¿Qué hace usted por aquí? -¿No vio los periquitos? -¡Ah! ¿Debo creer que ha hecho el viaje para traerme esos pájaros? -Para traérselos a su hermana. Dijo que era su cumpleaños. Además, tenía que venir de todos modos. -¿Para qué? -A visitar a una amiga. -¿Quién es su amiga? -Annie Hayworth, la maestra. -¡Annie Hayworth! Vaya, qué pequeño es el mundo. ¿Cómo conoció a Annie? -Fuimos a la escuela juntas. A la universidad. -¿Cuánto tiempo estará? -El fin de semana. -Bueno, creo que ha dejado de sangrar. Aguante el algodón. (Se sienta frente a Melanie) Conque vino a ver a Annie. Yo creo que a verme a mí. -¿Y por qué cree que a verle a usted precisamente? -No lo sé. Pero le habrá costado mucho averiguar quién era y dónde vivía. -¡Oh! Lo averigüé con una simple llamada al periódico de mi padre. -Le resulto simpático. -(Sin convicción) ¡Le aborrezco! No tiene modales, es osado, engreído... Escribí una carta en ese sentido, pero la rompí. -¿Qué decía la carta? -¡No le importa! ¡Ni siquiera me gustan sus gaviotas! Sólo vine a traerle... -Tenía que venir de todos modos, ¿recuerda?». La entrada de la madre de Mitch en el restaurante pone fin a la conversación en la que ha contrastado el aplomo socarrón de Mitch frente a la incómoda postura de Melanie, con el brazo levantado para sujetar el algodón.

Mitch presenta a las dos mujeres. La madre no oculta su recelo ante el atractivo de Melanie, cuya presencia justifica Mitch diciendo que ha traído unos periquitos para Cathy. «La señorita Daniels va a pasar aquí el fin de semana y me he permitido invitarla a cenar esta noche». Las palabras de Mitch sorprenden a las dos mujeres, aunque no en el mismo sentido. Encadenado de un primer plano de la madre (gesto inquisitivo) a un plano general de Melanie, llamando a la puerta de Annie. La maestra tiene una habitación en alquiler y Melanie quisiera alquilarla por una noche. Por todo equipaje lleva una bolsa de papel. Desde la puerta, las dos mujeres miran con desasosiego el cielo cubierto por las aves.

Encadenado al coche de Melanie, que se detiene ante la casa de los Brenner. La chica se retoca ante un espejo de mano. No hay nadie en la casa. Los Brenner llegan en ese momento. Contrasta la efusión agradecida de Cathy con la frialdad cortés de Lydia. Vienen de ver qué les ocurre a las gallinas, porque no quieren comer. Lydia llama a Fred para decirle que el pienso que le vendió no es bueno. Otro granjero, Dan, también tiene problemas con las aves, pero ha comprado un pienso distinto.

Encadenado a una escena hogareña en el salón, tras la cena. Melanie toca el piano. Cathy quiere saber cómo sabía que le gustaban los periquitos: «Me lo dijo tu hermano. -(Lydia) Entonces conoció a Mitch en San Francisco, ¿no es eso? -(Vacila) Pues, exactamente, no. -(Cathy) Mitch conoce a mucha gente en San Francisco, y la mayoría son criminales. -(Lydia) ¡Cathy! En una democracia todos tienen derecho a ser juzgados con equidad. Es lo que hace tu hermano. -¡Oh, mamá, no! Déjate de democracias y tonterías. No dejan de ser delincuentes. Ahora tiene un cliente que le hizo seis disparos a su mujer. Solamente dos disparos ya sería horroroso, ¿no le parece? -(Melanie a Mitch) ¿Por qué la mató? -Estaba viendo un partido por televisión y su mujer cambió el canal». Melanie ríe la ocurrencia del asesino. Cathy la invita a quedarse a su fiesta, al día siguiente, pero Melanie se excusa.

En la cocina, Mitch prepara el café y Lydia lava la vajilla, sin dejar de inquirir sobre la relación entre su hijo y la forastera. Mitch: «Mamá. -¿Qué? -Serías un gran fiscal. -(Sonríe) Perdona. No es más que la natural curiosidad por una chica así. Es muy rica, ¿verdad? -Supongo que sí. Su padre es el propietario de un gran periódico

de San Francisco. -Entonces podría impedir que aparezca su nombre. Suelen dedicarle muchas columnas. -Sí, lo sé. -Es la que se zambulló en una fuente de Roma el verano pasado, ¿no? -Sí. -Supongo que estoy anticuada. Lo haría porque hacía mucho calor, pero... Bueno, los periódicos dijeron que no llevaba ropa. -Sí, lo sé. -No es asunto mío, pero si traes aquí a una chica así... -Mamá. -(Se vuelve y por primera vez le mira a los ojos) ¿Qué? -Creo que sé cómo hay que tratar a Melanie Daniels. -Bueno, el caso es que sepas lo que quieres. -(La besa en el pómulo) Lo sé perfectamente».

Encadenado. Mitch acompaña a Melanie hasta el coche. Todo el diálogo siguiente, con ella sentada y él de pie, apoyando un brazo sobre la puerta del coche, está filmado como si ambos fueran el acusado y el fiscal durante un juicio. «¿Nos volveremos a ver? -San Francisco está muy lejos de aquí. -Paso allí cinco días a la semana y dispongo de tiempo. Me gustaría volver a verla. Tal vez podríamos ir a bañarnos. Mamá dice que le gusta la natación. -¿Y su madre cómo se ha enterado? -Suele leer los ecos de sociedad. -¡Ah, ya! ¡Roma! Si le interesa le diré que me echaron a la fuente de un empujón. -(Inquisitivo) ¿Sin ropa? -Completamente vestida. El periódico que publicó esa historia es competidor del de mi padre. -(Irónico) Es usted una pobre e inocente víctima de las circunstancias. -Bueno, no soy pobre ni inocente, pero la verdad es que... -(Con dureza) ¡Que se reunía con una pandilla de chiflados! -Pues sí, es cierto. Pero me empujaron en la fuente y eso es cierto también. -(Volviendo a adoptar el tono irónico) ¿Conoce realmente a Annie? -No, hasta que llegué aquí por lo menos. -¿No fueron juntas a la universidad? -No. -¿No vino para verla? -¡No! -Luego mintió. -¡Sí, he mentido! -También fue mentira lo de la carta? -No, eso era cierto. -¿Y qué decía en ella? -Estimado señor Brenner: Necesita estos cariñosos periquitos. Le enseñarán a ser más afectuoso. Eso es lo que decía. -Pero la rompió. -Sí. -¿Por qué? -Porque parecía estúpido y ridículo. -(Nuevamente duro) ¡Igual que zambullirse en una fuente de Roma! -(Irritada) ¡Ya le he dicho cómo ocurrió! -¿No esperará que me lo crea? -¡Me tiene sin cuidado que lo crea o no! (Arranca el motor). -Sigo deseando que nos veamos. -¿Por qué? -Sería muy divertido. -Tal vez lo hubiera sido en Roma, pero ahora ya no lo es. -Para mí, sí. -¡Pero no para mí! -¿Qué quiere entonces? -(Sardónica) Creí que ya lo sabía: pasarme la vida zambulléndome en las fuentes desnuda. ¡Adiós!». Melanie se marcha. Mitch repara en la gran cantidad de cuervos posados en los hilos eléctricos.

Melanie llega a casa de Annie, sin ocultar su disgusto. La maestra le sirve un coñac. Charlan: «¿De dónde es usted, Annie? -De San Francisco. -¿Y qué es lo que pudo hacerla venir aquí. -Un amigo me invitó a pasar un fin de semana hace ya mucho tiempo. En fin, no hay motivo para ocultárselo: fue Mitch Brenner. Pero no se preocupe, hace mucho tiempo que todo terminó. -Annie, entre Mitch Brenner y yo no hay absolutamente nada. -¿De veras? Quizá sea verdad. Tal vez nunca hubo nada entre Mitch y ninguna chica. -¿Qué quiere decir? -Antes tomaré un poco de coñac (Va a servirse). Nos veíamos a menudo en San Francisco. Entonces me invitó a venir aquí a conocer a Lydia. -¿Cuándo fue eso? -Hace cuatro años. Poco después murió su padre. Claro que quizá hayan cambiado las cosas. -¿Cambiado? -Respecto a Lydia. ¿Le pareció un poco ausente? -Un poco. -Entonces no han cambiado mucho las cosas. Su comportamiento casi me volvió loca. Cuando regresaba a San Francisco pasaba días enteros pensando en qué la había disgustado. -¿Y qué le había hecho usted? -Nada, simplemente existir. ¿Qué pensaría usted? Que era muy celosa, ¿no? Una madre absorbente y exclusivista. Se equivoca. Con el debido respeto a Edipo, no creo que fuera por eso. -Entonces, ¿por qué? -Yo le era simpática. Es lo que no comprendo. Ahora que ya no represento una amenaza somos amigas. -¿Por qué se le opuso? -Porque tenía miedo. -¿De que se llevara a Mitch? -De lo que yo podría darle. -No la

comprendo. -Desconfía de toda mujer que pueda dar a Mitch lo que ella no puede darle: amor. -Eso demuestra que es celosa y absorbente. -No, yo no opino así. Verá, ella no tiene miedo de perder a Mitch, sino de sentirse abandonada. -Deberían decirle que ganaba una hija. -No, ella ya tiene una hija. -¿Y qué opina Mitch? ¿No dice nada sobre el particular? -Comprendo su delicada posición. Sufrió mucho con Lydia al fallecer su padre. No quiso exponerse a otra situación análoga. -Ya entiendo. -Y todo acabó. Definitivamente no. Regresamos a San Francisco y algunos días nos veíamos, pero sin ninguna finalidad. -¿Por qué sigue usted en Bahía Bodega? -Para estar cerca de Mitch. Sabía que todo había terminado entre nosotros, pero quería vivir cerca de él. Reconozco que sigo apreciándole mucho. y no quiero perder su amistad nunca».

Suena el teléfono. Es Mitch. Llama para disculparse con Melanie y rogarle que asista a la fiesta de Cathy. Annie escucha la conversación con la mirada perdida y aparentemente relajada, pero el giro de su cabeza cuando Melanie acepta la invitación de Mitch, revela la enorme tensión que soportaba. Melanie: «¿Cree que debo ir? -Eso depende de usted. -Tendría que decidirlo Lydia, ¿no cree? -Prescinda de ella. ¿Desea usted asistir? -Sí. -Entonces, vaya. -Gracias, Annie». Suena un golpe en la puerta. Annie abre y encuentran una gaviota en el suelo, desnucada por el impacto contra la madera.

Jardín lleno de niños que juegan. Melanie y Mitch ascienden por una ladera, llevando unas copas y un frasco de martini. Melanie: «No debería beber más, tengo que conducir. -Es que trato de hacer que se quede a cenar. Ayer sobró mucho asado». Ella se excusa. Tiene que trabajar. Mitch quiere saber qué hace. «Los lunes y miércoles asistencia de viajeros en el aeropuerto. -¿Les presta ayuda? -No, me dedico a desorientarles. Creí que conocía mi carácter. Los martes tomo lecciones de idiomas en Berkeley. Trato de encontrar nuevos insultos. Bueno, eso no es un trabajo, claro. -Más bien una afición. -Y los jueves nos reunimos los de la junta. -El bajo mundo, supongo. -Siento decepcionarlo. Costeamos los estudios a un muchacho coreano y voy recaudando fondos para ello». La conversación ha transcurrido en términos de ironía amable. Súbitamente, Melanie se pone seria: «Verá, en Roma, aquel verano no hice nada útil, pero era tan fácil perderse allí. Y al regreso pensé que ya era hora de empezar... qué se yo, a sentar la cabeza». Mitch aprueba las palabras de la chica y diagnostica: «Necesita usted la protección de una madre. -(Seria) Pero no de la mía. -¡Oh, lo siento! -No tiene por qué sentir nada. ¿Mi madre? No pierda usted el tiempo. Nos dejó cuando yo tenía once años y se fue con un hotelero del Este. Usted sí que sabe lo que es el cariño de una madre. -Sí, es cierto. Pero, ¿no la ve nunca? -Ni sé dónde está».

El regreso de la pareja es observado por Annie y Lydia. Cathy juega con los ojos vendados. De improviso, una bandada de gaviotas cae sobre los niños y los ataca. Todos corren horrorizados al interior de la casa. En un minuto, las aves se van como habían llegado. Las niñas, con los ojos llenos de lágrimas, miran asustadas al cielo.

Encadenado. Salón de los Brenner que se preparan para tomar el café. Cathy y Mitch buscan argumentos para que Melanie se quede a pasar la noche, mientras que Lydia hace lo contrario. De pronto, una gran cantidad de pájaros (gorriones, canarios, jilgueros) entra por la chimenea. Mientras Mitch lucha con ellos, Melanie saca de la habitación a Cathy y a Lydia. Encadenado sobre el mismo escenario. El sheriff trata de encontrar una explicación. Lydia recoge trozos de vajilla rota, coloca derecho el cuadro de su esposo. [Trata de recomponer su casa, imagen física de su alma]. Melanie la observa con atención. Melanie: «Acostaré a Cathy ahora

mismo. Creo que debería quedarme, ¿no?». Lydia se sobresalta ante la idea. Fundido en negro.

Mañana siguiente. Lydia va a casa de Dan. El peón no le ha visto. Lydia llama a la puerta, sin que nadie conteste. La empuja, entra en la casa. Las tazas están rotas en la cocina. Lydia recorre un largo pasillo hasta llegar a la habitación, donde encuentra todo destrozado y alguna gaviota muerta. También Dan lo está, con el cuerpo ensangrentado y los ojos vaciados a picotazos. [El acercamiento al rostro se hace por medio de tres imágenes sucesivas, general, medio y primer plano]. Incapaz de articular el menor grito, Lydia corre en dirección a la salida, sube al coche y vuelve a su casa. Asustados por su gesto descompuesto, Mitch y Melanie acuden a su lado, pero Lydia, presa del pánico, los aparta y corre a refugiarse en el interior.

Encadenado. Melanie prepara un té para Lydia. Mitch se lo agradece besándola en el pelo. El comisario quiere que vaya a la granja de Dan. Han llegado detectives de Santa Rosa. Melanie le pide que tenga mucho cuidado. Se abrazan. Se despiden con un beso. Melanie lleva una bandeja a la habitación de Lydia, que está echada en la cama. Se muestra preocupada por Cathy. Melanie le asegura que en el colegio está bien. Sin embargo, Lydia no puede olvidar la imagen del granjero: «Yo perdí a mi marido hace cuatro años. ¡Qué horrible es depender de una persona que infunde vigor y quedar sola y sin ninguna personalidad». De nuevo le asalta la preocupación por Cathy: «No me gusta ser así, no es corriente en mí. No siento temor o preocupación por mis hijos. Cuando Frank murió... Frank entendía a los niños. Tenía la gran facilidad de entrar en su mundo convirtiéndose en uno de ellos. ¡Cuánto daría yo por poder ser así! ¡Jamás le olvidé! A veces, incluso ahora, me despierto por la mañana y me digo: prepararé el desayuno de Frank. Y me levanto porque tengo un motivo para dejar la cama. Hasta que recuerdo, naturalmente, que no puedo hablar con él. Cathy es una niña y Mitch... Mitch tiene su propia vida». Melanie hace intención de salir, pero Lydia la retiene: «¡No se vaya! Creo que no la conozco lo suficiente y deseo tanto comprenderla del todo. -¿Por qué, señora Brenner? -Porque mi hijo parece estar enamorado de usted. Y yo no sé cuáles son mis sentimientos. No sé si me gusta usted o no. -¿Y tiene mucha importancia que yo le guste? -Mitch significa mucho para mí, y yo quisiera que me gustara la mujer que elija. -¿Y si no fuera así? -Entonces sólo para mí sería motivo de preocupación. -Creo que a Mitch también le preocuparía. -(Sonriendo) Mitch siempre ha hecho su propia voluntad. (Se pone seria de un modo repentino) Pero, verás, yo... (Rompe a llorar) ¡Yo no quiero quedarme sola! ¡No soportaría quedarme sola!». Melanie acude a su lado. Lydia se disculpa: «Perdóneme, este suceso de los pájaros me ha trastornado. No sé lo que haría si Mitch no estuviera aquí». De nuevo se preocupa por Cathy y Melanie decide ir a buscarla. Cuando va a salir, es llamada por su nombre: «¡Melanie! Gracias por el té». Lydia se recuesta, más tranquila.

Encadenado. Coche de Melanie llegando a la escuela. Los niños cantan. Melanie espera afuera, sentada en un banco. A su espalda hay una estructura metálica para que los niños jueguen. Uno tras otro, los cuervos se van posando en ella. Melanie fuma, preocupada. El vuelo de un cuervo le hace volver la cabeza. Las aves cubren la estructura, los tejados. Melanie corre a la escuela y avisa a Annie. La maestra pide a los niños que hagan un simulacro de incendio para que lo vea la señorita Daniels. Siguiendo sus instrucciones, los niños salen en silencio, pero los cuervos se precipitan sobre ellos. Carreras hacia el pueblo, niños que caen, unas gafas rotas. Melanie entra en su coche, con Cathy y otra niña.

Encadenado al restaurante The Tides. Melanie habla con su padre, tratando de convencerle de lo que ha ocurrido. Una anciana vestida de un modo masculino interviene en la conversación. Resulta ser una apasionada de la ornitología y rechaza categóricamente que los cuervos hayan podido atacar a los niños. Mientras explica las cualidades de los pájaros como embellecedores del mundo, se escucha la voz de la camarera: «¡Tres de pollo asado! ¡Con patatas al horno las tres!». Melanie llama a Mitch. La anciana prosigue su defensa de las aves: «El género humano es el que insiste en hacer cada vez más difícil la vida sobre este planeta. Y si no fuera por los pájaros... -(Barman) Me parece que usted no lo ha comprendido. Esta señorita ha dicho que atacaron la escuela. -¡Imposible! -(Un borracho) ¡El fin del mundo! Y dijo nuestro Señor a las montañas, a las colinas, a los ríos y a los valles: Mirad que yo levantaré una espada y devastaré todo desde lo alto. Ezequiel, capítulo sexto. -(Camarera) Malditos sean los que se levantan temprano para seguir tomando bebidas fuertes. -(Borracho) Isaías, capítulo quinto». La ornitóloga sigue impartiendo lecciones, esta vez contestada por un marinero que también ha sido atacado. Una madre pide que no hablen tan alto porque están asustando a sus hijos. Un viajante pide que cojan las escopetas y acaben con todos los pájaros del mundo. La ornitóloga se ríe: «Eso no sería posible. Hay ocho mil seiscientos cincuenta especies de aves. Se calcula que cinco billones setecientos cincuenta millones de aves viven en los Estados Unidos. Los cinco continentes del mundo probablemente incluyen más de cien billones de aves». El borracho insiste: «¡El fin del mundo!». La madre pide a sus hijos que se den prisa. El niño pregunta: «¿Nos devorarán los pájaros, mamá?».

Llegan Mitch y el comisario. La madre coge a sus niños y sale del restaurante. El viajante sale con ella. Mientras Mitch trata de organizar la defensa, Melanie ve cómo dos gaviotas atacan al gasolinero, dejándolo inconsciente. La madre vuelve a entrar, histérica, arrastrando a sus hijos. El reguero de gasolina corre libre hacia el coche del viajante, que se dispone a encender un cigarro. Desde el restaurante, tratan de avisarle, pero el hombre arroja la cerilla, provocando una explosión. El fuego no tarda en alcanzar el surtidor.

Plano picado de la ciudad, con el gran incendio en el centro. Las gaviotas empiezan a descender desde el cielo, atacando a la gente que sale del restaurante. Melanie se refugia en una cabina de teléfonos. Escenas de pánico. Un hombre ensangrentado llega hasta la cabina. Melanie intenta salir, sin conseguirlo. Las gaviotas empiezan a romper los cristales que la protegen. Mitch acude en su auxilio, la saca y la lleva al restaurante, que está intacto. En la parte trasera, silenciosas, se agrupan algunas mujeres. Todas, excepto la ornitóloga, que oculta su rostro, avergonzada, dirigen a Melanie sus miradas acusadoras. La madre histérica va hacia ella: «¿Por qué están haciendo esto? Dicen que empezó todo al llegar usted aquí. ¿Quién es usted? ¿Qué es usted? ¿De dónde viene? ¡Creo que usted es la causa de todo esto! ¡Es usted infernal! ¡Perversa!». Melanie le da una bofetada, que parece devolverle la razón. Llega el barman, anunciando que las aves ya se van.

Mitch y Melanie van a casa de Annie para recoger a Cathy. Los cuervos siguen rodeando el lugar. A la entrada de la casa, la maestra yace muerta. Cathy sale de la casa. Mitch hace intención de lanzar una piedra contra los pájaros, pero Melanie lo contiene. Mitch cubre con su chaqueta el rostro de Annie y la lleva al interior. Lentamente, los tres se alejan de la casa. En el coche, Cathy explica entre sollozos cómo pasó todo.

Encadenado a la casa de los Brenner. Mitch clava tablas sobre las ventanas, observado por los pájaros. «Tienen una pauta. Atacan, desaparecen y vuelven a



concentrarse». La radio emite una información muy imprecisa. Lydia, nerviosa, increpa a Mitch: «¿Qué pasará cuando se acabe la leña? -No sé, quemaremos los muebles. - ¡No sabes! ¿Cuándo sabrás? ¿Cuando hayamos muerto? ¡Si estuviera tu padre aquí!». Cathy se interpone entre ambos. Lydia recapacita y pide perdón a su hijo. Afuera, los pájaros parecen dirigirse hacia Santa Rosa. En el interior, Mitch revisa todas las entradas. Cathy, sentada junto a Melanie: «Mitch, ¿puedo traer aquí los periquitos? -(Lydia) ¡No! -Pero, mamá, están en una jaula. -¡Son pájaros! ¿No es cierto?». Mitch echa un vistazo a los periquitos, que están en la cocina, tranquilos. Cuando vuelve, Cathy le pregunta: «Mitch, ¿por qué hacen eso los pájaros? -Nadie lo sabe. -¿Por qué tratan de matar a las personas? -Ojalá lo supiera». Cathy se siente mal. Melanie la acompaña solícita.

Afuera se escucha un gran alboroto de pájaros. Cathy corre a abrazarse a su madre. Mientras Mitch echa más madera a la chimenea, Melanie se retrepa en un ángulo del sofá, con las piernas subidas al asiento. Mitch acude a una ventana mal cerrada, sufriendo varios picotazos en la mano. También tiene que arrimar un armario a la puerta de entrada, que las aves atraviesan con sus picos. La casa se queda sin fluido eléctrico. En la semioscuridad, el griterío empieza a debilitarse. Uno a uno, la cámara muestra a Mitch, Melanie y Lydia, avanzando expectantes. El contrapicado y la penumbra acentúan la ansiedad de sus rostros.

Todos, excepto Melanie se ha dormido en sus asientos. Arriba se escucha un aleteo. Melanie llama a Mitch en voz baja. Él no la oye. La chica coge una linterna y sube escaleras arriba, buscando la procedencia del ruido. Su mano se tiende al pomo. Lo gira lentamente. Al abrir la puerta, descubre un gran agujero en el techo. Asustada, avanza un paso y se echa a un lado, dejando la puerta a su espalda. [Nadie, ni con miedo ni sin él, hace un movimiento semejante al entrar en una habitación. Pero Hitchcock necesita un gesto tan inverosímil para que luego, al echarse hacia atrás, la chica cierre la puerta a sus espaldas y se quede encerrada]. Los pájaros, sobresaltados por la luz de la linterna, se arrojan contra ella que, al retroceder, cierra la puerta a sus espaldas. En una sucesión vertiginosa de planos, cerca de un centenar, Melanie sucumbe al ataque y se desploma, susurrando el nombre de Mitch. [Hitchcock concibe esta secuencia como si se tratase de una violación]. Del otro lado de la puerta se escucha la voz de Mitch. El cuerpo caído de la chica dificulta su entrada, pero al fin consigue entreabrir y arrastrarla fuera de la habitación. A su lado, Lydia exclama: «¡Pobrecita! ¡Pobrecita!». Al recobrar el sentido, Melanie empieza a mover los brazos tratando de apartar unos pájaros sólo existentes en su memoria. Lydia limpia y venda las heridas. Pide a Mitch que trate de escuchar alguna noticia en la radio del coche. Mitch sale sigiloso. Todo está lleno de cuervos y gaviotas, pero su comportamiento es normal. Al apoyar su mano en la barandilla, un cuervo protesta y le da un picotazo, pero retrocede. Paso a paso, Mitch avanza entre las aves. Una gaviota le picotea los bajos del pantalón. Mitch llega hasta el coche. Sube. Escucha la radio. Los ataques han llegado a Santa Rosa. Mitch abre el portón del garaje, arranca el coche y lo saca lentamente. Vuelve a la casa. Melanie tiene la vista perdida. Entre Mitch y Lydia la ponen en pie y la llevan hasta la puerta. La visión de los pájaros le provoca un gesto de horror, pero se deja conducir al interior del coche. Desde la puerta de la casa, Cathy pregunta: «¿Puedo llevarme los periquitos? No han hecho ningún daño a nadie». Mitch está de acuerdo. Los dos hermanos entran también en el coche. Melanie, en el asiento de atrás, levanta la vista hacia Lydia, que le sonríe y reclina su cabeza sobre la de la chica. Mitch pone el coche en marcha y se aleja, dejando atrás un mar de pájaros. Al frente, un rayo de luz se abre paso entre las nubes.

## ANÉCDOTAS

Walter Wanger y Darryl F. Zanuck pidieron a Hitchcock que se hiciera cargo del rodaje interrumpido de *Cleopatra*, considerando que era "el único director capaz de salvar esta empresa". Pero Hitchcock prefirió hacer *Los pájaros*.

Truffaut, *El cine según Hitchcock*, 315

Cary Grant rechazó el papel que finalmente interpretó Rod Taylor.

Truffaut, *El cine según Hitchcock*, 308

La película carece de música. El silencio sólo es roto por los diálogos y el sonido ambiental. Hitchcock pidió a Bernard Herrmann que supervisara el sonido de todo el film.

La diferencia de edad entre Mitch y Cathy, 34 y 11 años respectivamente, es más propia de padre e hija que de hermanos.

## EL CINE SEGÚN ALFRED HITCHCOCK

François Truffaut, 1966

«Siempre me he vanagloriado de no leer nunca el guion mientras ruedo una película. Pero durante el rodaje de *Los pájaros* sucedió algo totalmente nuevo para mí: me puse a estudiar el guion y lo encontré lleno de improvisaciones. La crisis por la que pasé despertó en mí algo nuevo desde el punto de vista creativo. Llevé a cabo algunas improvisaciones. Por ejemplo, toda la escena del ataque exterior a la casa por los pájaros que no se ven. Después del ataque, tomé la decisión de presentar a la madre a través de los ojos de Melanie, [pasando] del punto de vista objetivo al subjetivo. Los planos de reacción de Melanie indican la creciente inquietud que siente por la conducta extraña de la madre. Melanie representa al público en la escena», pág. 271.

En una escena suprimida durante el montaje, Hitchcock asociaba el socialismo con el apocalipsis, el fin del mundo. Mitch y Melanie «bromeaban, daban toda clase de hipótesis y sugerían que los pájaros tenían un jefe que, desde una plataforma, se dirigía a todos los pájaros diciéndoles: "¡Pájaros del mundo entero, uníos! Nada tenéis que perder sino vuestras plumas"», pág. 274. «La escena proseguía, evolucionaba, cobraba un tono grave y terminaba con un beso. La corté porque me di cuenta de que esta escena de amor daba un ritmo lento a la historia y el público se hubiera impacientado».

«En una primera versión del guion, la maestra permanecía en la casa hasta el final de la película; era ella la que subía al granero, quien sufría el último ataque y a la que se llevaban en el coche. No podía permitírmelo, pues había un personaje principal, Melanie, y era la que debía pasar por las últimas pruebas, ya que la película contaba precisamente su experiencia», pág. 278.

## ¡QUÉ GRANDE ES EL CINE!

«La película empieza como una comedia loca y va derivando hacia una película de horror, hacia un pesimismo feroz». Garci

«Durante el rodaje de esta película Hitchcock tuvo algunos comportamientos inhabituales en él. Por primera vez dio instrucciones precisas a una actriz, explicando a Tippi Hedren de qué iba una escena, por qué la hacía de ese modo. Fue la única vez que perdió los papeles en un plató: en la secuencia de los niños de la escuela, se quedó abstraído sin saber qué hacer. Improvisó mucho durante el rodaje, por ejemplo la secuencia de la colina, donde, según el guionista, Melanie criticaba su pasado, prácticamente el de Marnie, cuando la abandonó su madre. Ese diálogo fue escrito personalmente por Hitchcock, que a lo largo de la película fue modificando muchas cosas. Hay también un hueco que se produce mientras la madre de Mitch va a la granja donde descubre al granjero muerto. Había ahí una secuencia en la que se iniciaba ya explícitamente la relación amorosa entre Melanie y Mitch. Hitchcock la cortó porque perjudicaba a la estructura (...) La secuencia final era una en que los pájaros seguían al coche, le arrancaban la capota y, en el momento en que sus ocupantes estaban ya desesperados, había una recta enorme, el coche aceleraba y desaparecía en el horizonte. En plan de broma, Hitchcock le dijo a Truffaut que le habría gustado rodar un final en que llegaban a San Francisco y se encontraban el puente lleno de pájaros». Torres Dulce

«Hay en esta película varios puntos de vista con respecto a la madre. Uno, el que da la maestra cuando dice que no es una madre posesiva, sino que tiene miedo de que cualquier mujer le pueda dar a Mitch lo que ella no puede darle, que es amor. Dos, las explicaciones de la propia madre a Melanie, después de haber encontrado al granjero muerto, en las que dice que ella lo que no quiere es estar sola, que quiere que su hijo la cuide. Tres, una de las secuencias finales, en la que dice que Mitch siempre hace lo que le da la gana. Por último, está ese plano final de Melanie, que nunca ha tenido una madre, refugiada en el asiento trasero del coche y sonriendo a una madre autocomplaciente, que por fin tiene a todo el mundo reunido y que ha logrado superar la neurosis que le ha provocado el ataque de los pájaros». Torres Dulce